

2º DISCURSO pronunciado por el señor Lic. Hernando Ancona, ofreciendo el Banquete con que un grupo de Hacendados y comerciantes obsequió al C. Alvaro Obregón, candidato popular a la Presidencia de la República y que tuvo verificativo el día 9 de septiembre de 1920, en la Hacienda de Sodzil, Yucatán.

-----

Señor General Obregón:

Debo a la amable distinción de los señores hacendados y comerciantes congregados aquí, el honor de ser su portavoz, para saludar al Jefe ilustre de la familia mexicana que ha venido hoy a conocer el Yucatán henequenero.

Hace poco más de medio siglo que la pedregosa llanura del centro del Estado empezó a cubrir su desnudez con el manto de oro verde que dió a renombre universal al pañasco que entonces apenas produjera el maíz necesario para la subsistencia de su mísera población.

Habéis conocido ya el esfuerzo tenaz y perseverante que la noble planta requiere para premiar al capital que la cultiva, y todos los peligros que esa inversión significa.

Vuestros conocimientos personales, adquiridos ya, serán la segura garantía para la condición especial de este rincón de la tierra mexicana, cuando mañana ocupéis el alto sitio de Presidente de la República, destinado a procurar la prosperidad de todo el territorio. No en vano vuestra vida de predestinado tiene el triple aspecto sucesivo de guerrero, de Ministro de Estado y de hombre de empresa en la Agricultura y el Comercio. Si como jefe victorioso recorrístéis la Nación y ejercistéis vuestro poder fascinador en las masas del pueblo; si os distéis cuenta de sus necesidades como Ministro de Estado y conocistéis la urgencia de hacer una patria fuerte y respetable; como ciudadano que aplicó su genio indiscutible a la Agricultura y a la producción, en contacto constante con el gran pueblo americano conocistéis el poder indiscutible, la fuerza incontrastable del poder económico de los pueblos que se desarrollan al influjo de las libertades, así en el orden moral, para el libre desarrollo de la iniciativa individual, como en el orden material para el progreso de toda la producción. Esta última personalidad vuestra es la que motiva más entusiásticamente nuestro aplauso; no sólo porque los hombres de trabajo reunidos aquí ven en vos el ejemplar vigoroso, sino porque presentimos todos que allí en los campos de la producción pacífica es donde el porvenir os reserva vuestros mejores triunfos.

La tierra mexicana, la tierra nuestra, cansada de los sacudimientos de la lucha se abre como en un sólo y palpitante surco, desde las márgenes

2.

reconstrucción nacional que venís a depositar en <sup>ella</sup> ~~el~~. Y en este concepto es una ventaja que halláis venido a nosotros cuando la crisis más angustiosa que registra nuestra historia se cierne sobre el Estado, porque seguramente uniréis a los nuestros todos los medios que mañana tendréis en vuestras manos para conjurarla.

?No es cierto que llegado apenas, profiriendo todavía las primeras palabras de orden, de paz y de tranquilidad se nota un alivio en la situación, se mira en el horizonte como el despuntar de una nueva aurora? No es, pues, sólo una ilusión que en un futuro próximo el henequen, con el petróleo, los metales y la agricultura entera formarán la sólida base de la riqueza nacional. Y pues sois vos el que nos trae esta visión prodigiosa en una risueña alborada, el que pone en nuestros corazones el aliento para los mejores tiempos que han de venir, es natural que todas las fuerzas vivas, que todos los elementos sociales vinieran a vos, a presentaros su adhesión, a ofreceros su esfuerzo para lograr el ideal común, el ideal anhelado de la patria reconstruida. Ya que una feliz coincidencia hace que ~~ya~~ estuvieréis entre nosotros cuando la patria toda os eligió Presidente de la República, voy a terminar mis palabras con un voto: que viva larga vida el nuevo Presidente del México nuevo, fuerte, rico y culto. (Prolongados aplausos.)

(20) DISCURSO pronunciado por el señor Lic. Hernando Ancona, ofreciendo el Banquete con que un grupo de Hacendados y comerciantes obsequió al C. Alvaro Obregón, candidato popular a la Presidencia de la República y que tuvo verificativo el día 9 de septiembre de 1920, en la Hacienda de Sodzil, Yucatán.

---

Señor General Obregón:

Debo a la amable distinción de los señores hacendados y comerciantes congregados aquí, el honor de ser su portavoz, para saludar al Jefe ilustre de la familia mexicana que ha venido hoy a conocer el Yucatán henequenero.

Hace poco más de medio siglo que la pedregosa llanura del centro del Estado empezó a cubrir su desnudez con el manto de oro verde que dió el renombre universal al peñasco que entonces apenas produjera el maíz necesario para la subsistencia de su mísera población.

Habéis conocido ya el esfuerzo tenaz y perseverante que la noble planta requiere para premiar al capital que la <sup>a</sup> cultiva, y todos los peligros que esa inversión significa.

Vuestros conocimientos personales, adquiridos ya, serán la segura garantía para la condición especial de este rincón de la tierra mexicana, cuando mañana ocupéis el alto sillal de Presidente de la República, destinado a procurar la prosperidad de todo el territorio. No en vano vuestra vida de predestinado tiene el triple aspecto sucesivo de guerrero, de Ministro de Estado y de hombre de empresa en la Agricultura y el Comercio. Si como jefe victorioso recorristéis la Nación y ejercistéis vuestro poder fascinador en las masas del pueblo; si os distéis cuenta de sus necesidades como Ministro de Estado y conocistéis la urgencia de hacer una patria fuerte y respetable; como ciudadano que aplicó su genio indiscutible a la Agricultura y a la producción, en contacto constante con el gran pueblo americano conocistéis el poderío indiscutible, la fuerza incontrastable del poder económico de los pueblos que se desarrollan al influjo de las libertades, así en el orden moral, para el libre desarrollo de la iniciativa individual, como en el orden material para el progreso de toda la producción. Esta última personalidad vuestra es la que motiva más entusiásticamente nuestro aplauso; no sólo porque los hombres de trabajo reunidos aquí ven en vos el ejemplar vigoroso, sino porque presentimos todos que allí en los campos de la producción pacífica es donde el porvenir os reserva vuestros mejores triunfos.

La tierra mexicana, la tierra nuestra, cansada de los sacudimientos de la lucha se abre como en un sólo y palpitante surco, desde las mórge-

2.

reconstrucción nacional que venís a depositar en <sup>ella.</sup> ~~el~~. Y en este concepto es una ventaja que halláis venido a nosotros cuando la crisis más angustiada que registra nuestra historia se cierne sobre el Estado, porque seguramente uniréis a los nuestros todos los medios que mañana tendréis en vuestras manos para conjurarla.

¿No es cierto que llegado apenas, profiriendo todavía las primeras palabras de orden, de paz y de tranquilidad se nota un alivio en la situación, se mira en el horizonte como el despuntar de una nueva aurora? No es, pues, sólo una ilusión que en un futuro próximo el henequen, con el petróleo, los metales y la agricultura entera formarán la sólida base de la riqueza nacional. Y pues sois vos el que nos trae esta visión prodigiosa en una risueña alborada, el que pone en nuestros corazones el aliento para los mejores tiempos que han de venir, es natural que todas las fuerzas vivas, que todos los elementos sociales vinieran a vos, a presentaros su adhesión, a ofreceros su esfuerzo para lograr el ideal común, el ideal anhelado de la patria reconstruida. Ya que una feliz coincidencia hace que ~~ya~~ estuvieréis entre nosotros cuando la patria toda os eligió Presidente de la República, voy a terminar mis palabras con un voto: que viva larga vida el nuevo Presidente del México nuevo, fuerte, rico y culto. (Prolongos aplausos.)

Extra

3

(20) DISCURSO pronunciado por el señor Lic. Hernando Ancona, ofreciendo el Banquete con que un grupo de Hacendados y comerciantes obsequió al C. Alvaro Obregón, candidato popular a la Presidencia de la República y que tuvo verificativo el día 9 de septiembre de 1920, en la Hacienda de Sodzil, Yucatán.

-----

Señor General Obregón:

Debo a la amable distinción de los señores hacendados y comerciantes congregados aquí, el honor de ser su portavoz, para saludar al Jefe ilustre de la familia mexicana que ha venido hoy a conocer el Yucatán henequenero.

Hace poco más de medio siglo que la pedregosa llanura del centro del Estado empezó a cubrir su desnudez con el manto de oro verde que dió el renombre universal al peñasco que entonces apenas produjera el maíz necesario para la subsistencia de su mísera población.

Habéis conocido ya el esfuerzo tenaz y perseverante que la noble planta requiere para premiar al capital que <sup>a</sup> cultiva, y todos los peligros que esa inversión significa.

Vuestros conocimientos personales, adquiridos ya, serán la segura garantía para la condición especial de este rincón de la tierra mexicana, cuando mañana ocupéis el alto sitio de Presidente de la República, destinado a procurar la prosperidad de todo el territorio. No en vano vuestra vida de predestinado tiene el triple aspecto sucesivo de guerrero, de Ministro de Estado y de hombre de empresa en la Agricultura y el Comercio. Si como jefe victorioso recorristéis la Nación y ejercistéis vuestro poder fascinador en las masas del pueblo; si os distéis cuenta de sus necesidades como Ministro de Estado y conocistéis la urgencia de hacer una patria fuerte y respetable; como ciudadano que aplicó su genio indiscutible a la Agricultura y a la producción, en contacto constante con el gran pueblo americano conocistéis el poder indiscutible, la fuerza incontrastable del poder económico de los pueblos que se desarrollan al influjo de las libertades, así en el orden moral, para el libre desarrollo de la iniciativa individual, como en el orden material para el progreso de toda la producción. Esta última personalidad vuestra es la que motiva más entusiásticamente nuestro aplauso; no sólo porque los hombres de trabajo reunidos aquí ven en vos el ejemplar vigoroso, sino porque presentimos todos que allí en los campos de la producción pacífica es donde el porvenir os reserva vuestros mejores triunfos.

La tierra mexicana, la tierra nuestra, cansada de los sacudimientos de la lucha se abre como en un sólo y palpitante surco, desde las márgenes

2.

reconstrucción nacional que venís a depositar en <sup>ella.</sup> ~~ella~~. Y en este concepto es una ventaja que halláis venido a nosotros cuando la crisis más angustiosa que registra nuestra historia se cierne sobre el Estado, porque seguramente uniréis a los nuestros todos los medios que mañana tendréis en vuestras manos para conjurarla.

¿No es cierto que llegado apenas, profiriendo todavía las primeras palabras de orden, de paz y de tranquilidad se nota un alivio en la situación, se mira en el horizonte como el despuntar de una nueva aurora? No es, pues, sólo una ilusión que en un futuro próximo el henequen, con el petróleo, los metales y la agricultura entera formarán la sólida base de la riqueza nacional. Y pues sois vos el que nos trae esta visión prodigiosa en una risueña alborada, el que pone en nuestros corazones el aliento para los mejores tiempos que han de venir, es natural que todas las fuerzas vivas, que todos los elementos sociales vinieran a vos, a presentaros su adhesión, a ofreceros su esfuerzo para lograr el ideal común, el ideal anhelado de la patria reconstruida. Ya que una feliz coincidencia hace que ~~yo~~ estuvieréis entre nosotros cuando la patria toda os eligió Presidente de la República, voy a terminar mis palabras con un voto: que viva larga vida el nuevo Presidente del México nuevo, fuerte, rico y culto. (Prolongos aplausos.)

*Extra*

(2) DISCURSO pronunciado por el C. Alvaro Obregón, candidato popular a la Presidencia de la República, en el Banquete que le fué obsequiado por un grupo de Hacendados y Comerciantes, en la Hacienda de Sodzil, Yuc., el día 9 de septiembre de 1920.

Cada día que he pasado en Yucatán despierta para mí un nuevo interés y es por eso que he tenido que destinar muchos más días de los que ~~se~~ <sup>había</sup> fijado, para pasar en esta Entidad.

El deseo mío de llevar al Poder la mayor suma posible de conocimientos, en lo que respecta a cada una de las necesidades de la República, ha sido la base de mi gira política. Yo he leído en nuestra historia, con profunda pena, que han sido rarísimos los mandatarios que han sabido o que han podido llenar la misión que el pueblo de la República les ha confiado.

Lo primero que se necesita, indudablemente, para corregir un mal, es conocerlo; y lo primero que se necesita para conocer los males de que adolecen nuestros pueblos, es acercarse a ellos y palparlos, escuchando todas las voces que alrededor de nosotros levantan, cuando llegamos a una Entidad desconocida, muy principalmente.

Si ha sido una tarea muy difícil gobernar a un Estado en tiempos normales o semi-normales, podríamos decir, ya que para desgracia nuestra la vida normal de la República ha tenido períodos tan raquíticos, es mucho más difícil en estos momentos en que, en el mundo entero chocan intereses diversos y se producen crisis cuyos resultados todavía no se atreven a predecir los hombres de Estado.

Yo decía en una ocasión, me parece que en Puebla: que no tengo ninguna preparación política para gobernar un País; pero sí tengo una preparación moral para que me sirva de línea de conducta y que selle todos mis actos. (*Intervidos aplausos.*)

No es tarea de un hombre encanizar un pueblo; es tarea del pueblo mismo. En nuestro país, en un período ya muy prolongado y doloroso, hemos venido buscando una orientación para acabar con nuestras luchas intestinas y establecer definitivamente los derechos de cada uno. Esa orientación no puede darla un hombre si no lo apoyan en su misión todos los hombres que crean que se debe seguir esa ruta y que tienen la obligación de cooperar con aquel hombre por el cual han depositado su voto, porque en él han depositado su confianza. (*Aplausos.*)

El problema que tiene afectado al Mundo en estos momentos, es el choque del capital y el trabajo, y es necesario que cada uno de los hombres

que componemos la familia mexicana y que tenemos alguna dosis, pequeña o grande de cultura, llevemos nuestros desvelos a estudiar la manera de resolver esos problemas y procuremos orientar a las masas populares que probablemente se desbordarían si no hay un esfuerzo consciente y sensato que procure encauzarlas. (Entusiastas aplausos.)

Nuestros gobiernos anteriores, no sé si por falta de voluntad o por falta de fondos tal vez, descuidaron la instrucción en una gran mayoría de nuestros conciudadanos, y esa formidable lista que pesa sobre toda evolución ordenada y sistemática, tenemos que orientarla cuidadosamente, porque de lo contrario correríamos el peligro de naufragar, porque el lastre pesaría más que las fuerzas de la nave. (Aplausos.)

La ignorancia de esa gran mayoría de nuestros conciudadanos, no debe despertar en nosotros desprecio ni mucho menos odio; ellos son mucho más pobres que nosotros porque no tienen una ilustración suficiente para que les permita definir sus derechos, saber dónde terminan los de ellos y dónde empiezan los de los demás. Debemos entonces buscar los medios constantemente, sin descansar un sólo instante de llevar la persuasión a sus conciencias, de llevar un consejo bienhechor a sus oídos y no palabras que exasperen su ignorancia y que los haga desesperar en su insignificancia. Si mañana nuestra incapacidad nos demuestra que no somos capaces de reconstruir a la Patria, el mundo civilizado no va a condenar a esos centenares de indígenas que no saben leer ni escribir; va a condenar a los hombres que recibieron alguna ilustración en las escuelas, que recibieron algunas cátedras de moral en los hogares y que no supieron hacer uso de ellas para encauzar a esas masas ignorantes y desheredadas. (Aplausos.)

Yo he podido hablar en Yucatán, donde he sido escuchado por masas populares, en las que predominaba, indudablemente, el elemento inculto, y no ha salido de mis labios ni una sola frase que tienda a soliviantar su espíritu ya demasiado sacudido, ni a herirlo en su amor propio, ni a hacerle sentir el peso de su ignorancia. (Aplausos.)

Han sido mis palabras de consejo y de cariño. Ese pueblo, con el que he podido vivir vinculado durante muchos años, ha ido a la lucha a llevar un poderoso contingente de sangre en cambio de una esperanza que venag a alegrar las tinieblas de su vida, y allá en la lucha han quedado muchos centenares de hombres que han cambiado su vida por la unificación de sus hermanos.



3. *Las revoluciones,*

~~Los señores,~~ señores, no son manantiales de bienandanzas; son sacudimientos que a los pueblos causan grandes daños y sus frutos no pueden recogerlos sino las generaciones venideras. (Estruendosos aplausos.) Las revoluciones enrolan entre sus caudillos a hombres de diversas tendencias y de diverso nivel moral, y muchos tratan de prostituirlos y desprestigiarlos creyendo que las revoluciones se hacen para el medro personal. (Aplausos.) Y es por eso que algunos escépticos llegan a condenar una revolución por los actos aislados de algunos de sus caudillos. La Revolución Mexicana en la que he venido tomando alguna participación desde que se iniciara, ha traído como base los anhelos más nobles y los anhelos más puros. Sus caudillos no todos respondieron; muchos prostituyeron sus galones y los convirtieron en dones. Muchos agitaron al pueblo y buscaban populacherías callejeras con detrimento y desprestigio de la parte fundamental que persigue nuestra revolución. (Desbordantes aplausos.) Por eso nuestras revoluciones no habían terminado. Las revoluciones nunca terminan mientras no llenan su objeto. Un nuevo movimiento se produjo en los últimos meses y sin derramar sangre, sin destruir la propiedad en beneficio de unos cuantos. El iris de la paz se extiende a lo largo del continente mexicano. (Aplausos.)

Los que tenemos el orgullo de haber tomado alguna participación en el último movimiento revolucionario, invitáramos gustosos a los que condenan ese movimiento, para que señalaran en sus directores alguna promesa que significara una inmundicia; alguna promesa que fuera mas allá de los límites del honor y de la mesura. Predicamos la verdad, predicamos la moral y la verdad la predicamos porque es la moral hecha verbo; y así bastó para que en un movimiento reivindicador rodaran por tierra los falsos caudillos y se conformaran con ir a dilapidar en tierras extranjeras el dinero sustraído de las arcas nacionales. No podemos decir que la obra es perfecta y que está terminada. La evolución de los pueblos no termina nunca; pero excitamos a los enemigos de esa revolución a que nos digan si se han reproducido los excesos, si se han reproducido los atentados en el último movimiento que destruyeron durante la revolución gran parte de las riquezas del país. (Aplausos)

Vá, pues, mi invitación a todos los hacendados y comerciantes de Yucatán que han tenido la galantería de ofrecérme esta convivialidad, para que pongan su esfuerzo, para que pongan su acción, su inteligencia toda, al servicio de la acción misma, y nos ayuden a resolver los trascendentales

4.-

problemas que tenemos; y mi gratitud y la de todos mis compañeros por las atenciones de que hemos sido objeto. (Aplausos nutridos.)

*Extra*

(21) DISCURSO pronunciado por el C. Alvaro Obregón, candidato popular a la Presidencia de la República, en el Banquete que le fué obsequiado por un grupo de Hacendados y Comerciantes, en la Hacienda de Sodzil, Yuc., el día 9 de septiembre de 1920.

---

Cada día que he pasado en Yucatán despierta para mí un nuevo interés y es por eso que he tenido que destinar muchos más días de los que <sup>había</sup> ~~he~~ fijado, para pasar en esta Entidad.

El deseo mío de llevar al Poder la mayor suma posible de conocimientos, en lo que respecta a cada una de las necesidades de la República, ha sido la base de mi gira política. Yo he leído en nuestra historia, con profunda pena, que han sido rarísimos los mandatarios que han sabido o que han podido llenar la misión que el pueblo de la República les ha confiado.

Lo primero que se necesita, indudablemente, para corregir un mal, es conocerlo; y lo primero que se necesita para conocer los males de que adolecen nuestros pueblos, es acercarse a ellos y palparlos, escuchando todas las voces que alrededor de nosotros levantan, cuando llegamos a una Entidad desconocida, muy principalmente.

Si ha sido una tarea muy difícil gobernar a un Estado en tiempos normales o semi-normales, podríamos decir, ya que para desgracia nuestra la vida normal de la República ha tenido períodos tan raquíticos, es mucho más difícil en estos momentos en que, en el mundo entero chocan intereses diversos y se producen crisis cuyos resultados todavía no se atreven a predecir los hombres de Estado.

Yo decía en una ocasión, me parece que en Puebla: que no tengo ninguna preparación política para gobernar un País; pero sí tengo una preparación moral para que me sirva de línea de conducta y que selle todos mis actos. (*Entusiasmados aplausos.*)

No es tarea de un hombre encauzar un pueblo; es tarea del pueblo mismo. En nuestro país, en un período ya muy prolongado y doloroso, hemos venido buscando una orientación para acabar con nuestras luchas intestinas y establecer definitivamente los derechos de cada uno. Esa orientación no puede darla un hombre si no le apoyan en su misión todos los hombres que crean que se debe seguir esa ruta y que tienen la obligación de cooperar con aquel hombre por el cual han depositado su voto, porque en él han depositado su confianza. (*Aplausos.*)

El problema que tiene afectado al Mundo en estos momentos, es el choque del capital y el trabajo, y es necesario que cada uno de los hombres

2.

que componemos la familia mexicana y que tenemos alguna dosis, pequeña o grande de cultura, llevemos nuestros desvelos a estudiar la manera de resolver esos problemas y procuremos orientar a las masas populares que probablemente se desbordarían si no hay un esfuerzo consciente y sensato que procure encauzarlas. (Entusiastas aplausos.)

Nuestros gobiernos anteriores, no sé si por falta de voluntad o por falta de fondos tal vez, descuidaron la instrucción en una gran mayoría de nuestros conciudadanos, y esa formidable lista que pesa sobre toda evolución ordenada y sistemática, tenemos que oreintarla cuidadosamente, porque de lo contrario correríamos el peligro de naufragar, porque el lastre pesaría más que las fuerzas de la nave. (Aplausos.)

La ignorancia de esa gran mayoría de nuestros conciudadanos, no debe despertar en nosotros desprecio ni mucho menos odio; ellos son mucho más pobres que nosotros porque no tienen una ilustración suficiente para que les permita definir sus derechos, saber dónde terminan los de ellos y dónde empiezan los de los demás. Debemos entonces buscar los medios constantemente, sin descansar un sólo instante de llevar la persuasión a sus conciencias, de llevar un consejo bienhechor a sus oídos y no palabras que exasperen su ignorancia y que los haga desesperar en su insignificancia. Si mañana nuestra incapacidad nos demuestra que no somos capaces de reconstruir a la Patria, el mundo civilizado no va a condenar a esos centenares de indígenas que no saben leer ni escribir; va a condenar a los hombres que recibieron alguna ilustración en las escuelas, que recibieron algunas cátedras de moral en los hogares y que no supieron hacer uso de ellas para encauzar a esas masas ignorantes y desheredadas. (Aplausos.)

Yo he pedido hablar en Yucatán, donde he sido escuchado por masas populares, en las que predominaba, indudablemente, el elemento inculto, no ha salido de mis labios ni una sola frase que tienda a soliviantar su espíritu ya demasiado sacudido, ni a herirlo en su amor propio, ni a hacerle sentir el peso de su ignorancia. (Aplausos.)

Han sido mis palabras de consejo y de cariño. Ese pueblo, con el que he podido vivir vinculado durante muchos años, ha ido a la lucha a llevar un pederoso contingente de sangre en cambio de una esperanza que venag a alegrar las tinieblas de su vida, y allá en la lucha han quedado muchos centenares de hombres que han cambiado su vida por la unificación de sus hermanos.

3. *Las revoluciones,*

~~Las revolucionarias~~, señores, no son manantiales de bienandanzas; son sacudimientos que a los pueblos causan grandes daños y sus frutos no pueden recogerlos sino las generaciones venideras. (Estruendosos aplausos.) Las revoluciones enrolan entre sus caudillos a hombres de diversas tendencias y de diverso nivel moral, y muchos tratan de prostituirlos y desprestigiarlos creyendo que las revoluciones se hacen para el medro personal. (Aplausos.) Y es por eso que algunos escépticos llegan a condenar una revolución por los actos aislados de algunos de sus caudillos. La Revolución Mexicana en la que he venido tomando alguna participación desde que se iniciara, ha traído como base los anhelos más nobles y los anhelos más puros. Sus caudillos no todos respondieron; muchos prostituyeron sus galones y los convirtieron en dones. Muchos agitaron al pueblo y buscaban populacherías callejeras con detrimento y desprestigio de la parte fundamental que persigue nuestra revolución. (Desbordantes aplausos.) Por eso nuestras revoluciones no habían terminado. Las revoluciones nunca terminan mientras no llenan su objeto. Un nuevo movimiento se produjo en los últimos meses y sin derramar sangre, sin destruir la propiedad en beneficio de unos cuantos. El iris de la paz se ~~extiende~~ extiende a lo largo del continente mexicano. (Aplausos.)

Los que tenemos el orgullo de haber tomado alguna participación en el último movimiento revolucionario, invitáramos gustosos a los que condenan ese movimiento, para que señalaran en sus directores alguna promesa que significara una inmoralidad; alguna promesa que fuera mas allá de los límites del honor y de la mesura. Predicamos la verdad, predicamos la moral y la verdad la predicamos porque es la moral hecha verbo; y así bastó para que en un movimiento reivindicador rodaran por tierra los falsos caudillos y se conformaran con ir a dilapidar en tierras extranjeras el dinero sustraído de las arcas nacionales. No podemos decir que la obra es perfecta y que está terminada. La evolución de los pueblos no termina nunca; pero excitamos a los enemigos de esa revolución a que nos digan si se han reproducido los excesos, si se han reproducido los atentados en el último movimiento que destruyeron durante la revolución gran parte de las riquezas del país. (Aplausos)

Vá, pues, mi invitación a todos los hacendados y comerciantes de Yucatán que han tenido la galantería de ofrecerme esta convivialidad, para que pongan su esfuerzo, para que pongan su acción, su inteligencia toda, al servicio de la acción misma, y nos ayuden a resolver los trascendentales

4.-

problemas que tenemos; y mi gratitud y la de todos mis compañeros por las atenciones de que hemos sido objeto. (Aplausos nutridos.)

(21) DISCURSO pronunciado por el C. Alvaro Obregón, candidato popular a la Presidencia de la República, en el Banquete que le fué obsequiado por un grupo de Hacendados y Comerciantes, en la Hacienda de Sedzil, Yuc., el día 9 de septiembre de 1920.

---

Cada día que he pasado en Yucatán despierta para mí un nuevo interés y es por eso que he tenido que destinar muchos más días de los que <sup>había</sup> fijado, para pasar en esta Entidad.

El deseo mío de llevar al Poder la mayor suma posible de conocimientos, en lo que respecta a cada una de las necesidades de la República, ha sido la base de mi gira política. Yo he leído en nuestra historia, con profunda pena, que han sido rarísimos los mandatarios que han sabido o que han podido llenar la misión que el pueblo de la República les ha confiado.

Lo primero que se necesita, indudablemente, para corregir un mal, es conocerlo; y lo primero que se necesita para conocer los males de que adolecen nuestros pueblos, es acercarse a ellos y palparlos, escuchando todas las voces que alrededor de nosotros levantan, cuando llegamos a una Entidad desconocida, muy principalmente.

Si ha sido una tarea muy difícil gobernar a un Estado en tiempos normales o semi-normales, podríamos decir, ya que para desgracia nuestra la vida normal de la República ha tenido períodos tan raquíuticos, es mucho más difícil en estos momentos en que, en el mundo entero chocan intereses diversos y se producen crisis cuyos resultados todavía no se atreven a predecir los hombres de Estado.

Yo decía en una ocasión, me parece que en Puebla: que no tengo ninguna preparación política para gobernar un País; pero sí tengo una preparación moral para que me sirva de línea de conducta y que selle todos mis actos. *(Entiéndase aplausos.)*

No es tarea de un hombre encauzar un pueblo; es tarea del pueblo mismo. En nuestro país, en un período ya muy prolongado y doloroso, hemos venido buscando una orientación para acabar con nuestras luchas intestinas y establecer definitivamente los derechos de cada uno. Esa orientación no puede darla un hombre si no le apoyan en su misión todos los hombres que creen que se debe seguir esa ruta y que tienen la obligación de cooperar con aquel hombre por el cual han depositado su voto, porque en él han depositado su confianza. *(Aplausos.)*

El problema que tiene afectado al Mundo en estos momentos, es el choque del capital y el trabajo, y es necesario que cada uno de los hombres

2.

que componemos la familia mexicana y que tenemos alguna dosis, pequeña o grande de cultura, llevemos nuestros desvelos a estudiar la manera de resolver esos problemas y procuremos orientar a las masas populares que probablemente se desbordarían si no hay un esfuerzo consciente y sensato que procure encauzarlas. (Entusiastas aplausos.)

Nuestros gobiernos anteriores, no sé si por falta de voluntad o por falta de fondos tal vez, descuidaron la instrucción en una gran mayoría de nuestros conciudadanos, y esa formidable lista que pesa sobre toda evolución ordenada y sistemática, tenemos que reorientarla cuidadosamente, porque de lo contrario correríamos el peligro de naufragar, porque el lastre pesaría más que las fuerzas de la nave. (Aplausos.)

La ignorancia de esa gran mayoría de nuestros conciudadanos, no debe despertar en nosotros desprecio ni mucho menos odio; ellos son mucho más pobres que nosotros porque no tienen una ilustración suficiente para que les permita definir sus derechos, saber dónde terminan los de ellos y dónde empiezan los de los demás. Debemos entonces buscar los medios constantemente, sin descansar un sólo instante de llevar la persuasión a sus conciencias, de llevar un consejo bienhechor a sus oídos y no palabras que exasperen su ignorancia y que los haga desesperar en su insignificancia. Si mañana nuestra incapacidad nos demuestra que no somos capaces de reconstruir a la Patria, el mundo civilizado no va a condenar a esos centenares de indígenas que no saben leer ni escribir; va a condenar a los hombres que recibieron alguna ilustración en las escuelas, que recibieron algunas cátedras de moral en los hogares y que no supieron hacer uso de ellas para encauzar a esas masas ignorantes y desheredadas. (Aplausos.)

Yo he pedido hablar en Yucatán, donde he sido escuchado por masas populares, en las que predominaba, indudablemente, el elemento inculto, no ha salido de mis labios ni una sola frase que tienda a soliviantar su espíritu ya demasiado sacudido, ni a horrirlo en su amor propio, ni a hacerle sentir el peso de su ignorancia. (Aplausos.)

Han sido mis palabras de consejo y de cariño. Ese pueblo, con el que he podido vivir vinculado durante muchos años, ha ido a la lucha a llevar un poderoso contingente de sangre en cambio de una esperanza que venía a alegrar las tinieblas de su vida, y allá en la lucha han quedado muchos centenares de hombres que han cambiado su vida por la unificación de sus hermanos.



3. *Las revoluciones,*

~~Las revoluciones~~, señores, no son manantiales de bienandanzas; son sacudimientos que a los pueblos causan grandes daños y sus frutos no pueden recogerlos sino las generaciones venideras. (Estruendosos aplausos.) Las revoluciones enrolan entre sus caudillos a hombres de diversas tendencias y de diverso nivel moral, y muchos tratan de prostituir las y desprestigiarlas creyendo que las revoluciones se hacen para el provecho personal. (Aplausos.) Y es por eso que algunos escépticos llegan a condenar una revolución por los actos aislados de algunos de sus caudillos. La Revolución Mexicana en la que he venido tomando alguna participación desde que se iniciara, ha traído como base los anhelos más nobles y los anhelos más puros. Sus caudillos no todos respondieron; muchos prostituyeron sus galones y los convirtieron en dones. Muchos agitaron al pueblo y buscaban populacheras callejeras con detrimento y desprestigio de la parte fundamental que persigue nuestra revolución. (Desbordantes aplausos.) Por eso nuestras revoluciones no habían terminado. Las revoluciones nunca terminan mientras no llenan su objeto. Un nuevo movimiento se produjo en los últimos meses y sin derramar sangre, sin destruir la propiedad en beneficio de unos cuantos. El iris de la paz se extiende a lo largo del continente mexicano. (Aplausos.)

Los que tenemos el orgullo de haber tomado alguna participación en el último movimiento revolucionario, invitaríamos gustosos a los que condenan ese movimiento, para que señalaran en sus directores alguna promesa que significara una inmundicia; alguna promesa que fuera mas allá de los límites del honor y de la mesura. Predicamos la verdad, predicamos la moral; y la verdad la predicamos porque es la moral hecha verbo; y así bastó para que en un movimiento reivindicador rodaran por tierra los falsos caudillos y se conformaran con ir a dilapidar en tierras extranjeras el dinero sustraído de las arcas nacionales. No podemos decir que la obra es perfecta y que está terminada. La evolución de los pueblos no termina nunca; pero excitamos a los enemigos de esa revolución a que nos digan si se han reproducido los excesos, si se han reproducido los atentados en el último movimiento que destruyeron durante la revolución gran parte de las riquezas del país. (Aplausos)

Vá, pues, mi invitación a todos los hacendados y comerciantes de Yucatán que han tenido la galantería de ofrecerme esta convivialidad, para que pongan su esfuerzo, para que pongan su acción, su inteligencia toda, al servicio de la acción misma, y nos ayuden a resolver los trascendentales

4.-

problemas que tenemos; y mi gratitud y la de todos mis compañeros por las atenciones de que hemos sido objeto. (Aplausos nutridos.)